

Por Ricardo González
Profesor de Filosofía
en la Facultad de Teología de
la UPB

EL ATEISMO DE ROGER GARAUDY

La constatación de Dios y del hombre como valores absolutos, después de la explicación de lo que son los valores en sí mismos y en su relación objetiva con el hombre, nos conducirá a la afirmación de una de las más radicales expresiones de la crisis religiosa vivida por el hombre contemporáneo, según la cual el planteamiento del problema de Dios no tiene sentido. Esta expresión se va definiendo en pensadores como F. Nietzsche, K. Marx, S. Freud, J. P. Sartre y también entre los Neomarxistas como R. Garaudy, quienes de una manera especial destacan el valor absoluto del hombre, excluyendo cualquier valoración de Dios, en nombre de la cultura, de la ciencias económicas, de la psicología, de la sociología.

El ateísmo de R. Garaudy es presentado como consecuencia de su humanismo. El deseo de buscar la superación humana lo ha llevado a considerar la trascendencia como una alienación. Así lo expresa el mismo Garaudy:

“La mistificación religiosa empieza cuando se cree que este sentido ha sido de algún modo impreso en la naturaleza por un Dios, mientras que para nosotros, marxistas, su esencia no existe a nivel de la naturaleza, sino sólo a partir de la emergencia del hombre, a partir del momento en que, con el trabajo, con la anticipación de los fines que lo definen como trabajo especialmente humano, en relación con este fin, con este proyecto, cada cosa puede tener sentido, y el valor puede nacer. El amor especialmente humano, es, para nosotros, creación del hombre y no un don de Dios. Es del orden de la cultura y no del de la naturaleza. Porque un valor no puede ser dado ‘desde fuera’, aunque sea desde un Dios . . . La naturaleza es anterior al sentido. Sólo la iniciativa humana puede dar sentido a lo que es anterior al sentido: la naturaleza. El amor, incluso el físico, es en el hombre un hecho de cultura y no de naturaleza. Ninguna victo-

ria, ni la del amor, ni ninguna otra, está inscrita anticipadamente en un plan providencial. Nosotros no estamos dispensados de combatir para vencer" (1).

El hombre, a lo largo de la historia, ha tenido también la posibilidad de la negación de lo absoluto, considerándolo como un estorbo que le impide desarrollarse como hombre en medio del mundo. Para muchos, lo trascendente está en este mundo y es obra del hombre.

El término "ateísmo" puede asumir diversos significados y se pueden hacer en relación con él varias precisiones. Existe un ateísmo práctico y un ateísmo teórico, el cual, a su vez, se puede dividir en absoluto y relativo. El *ateísmo práctico* es el de aquellos que se comportan como si Dios no existiese: admiten a Dios, pero lo niegan en su conducta de vida. El *ateísmo teórico absoluto* es el de los que no admiten la existencia de Dios, ni la de lo divino. Se puede subdividir en negativo y positivo. El negativo es el de aquellos que niegan a Dios y lo divino por ignorancia o por indiferencia; el positivo comporta la negación, motivada racionalmente, de Dios y de lo divino. Se puede situar aquí el caso de Garaudy. El *ateísmo teórico relativo* no admite la existencia de Dios, pero admite la de la divinidad o la de lo divino: es el ateísmo de los agnósticos. "Dios es siempre una revelación. Por esto el ateísmo es posible". Pero esta misma posibilidad constituye a la vez una prueba de la inevitabilidad del encuentro con Dios, de su indudable presencia. El hombre no puede huir de Dios, si no quiere huir de sí mismo (2).

R. Garaudy es un filósofo francés, nacido en Marsella en 1913. Es, después de la guerra, el más autorizado exponente del marxismo ortodoxo francés, acercándose en seguida a una perspectiva humanística y antidogmática que le da como resultado la expulsión del partido. Se ha ocupado también del diálogo entre marxistas y cristianos. Desde 1933 fue director del partido comunista. Después de la deportación, en 1945, ha hecho una triple carrera de universitario, escritor y parlamentario. Diputado hasta 1958 y senador desde 1959 hasta 1962. Fue considerado como uno de los estalinistas franceses más duros, pero su evolución posterior le ha llevado a ser, quizá, el marxista que más ha impulsado el esfuerzo de comprensión del cristianismo y de integración al marxismo de los más altos valores cristianos, haciendo posible de esta forma, un verdadero diálogo en el que ha participado activamente.

En su juventud rechazó la fe, identificada con el subjetivismo inge-

(1) *Marxismo del s. XX*, pp. 147 - 148.

(2) A. Muñoz Alonso, *El fenómeno del ateísmo*, en el cap. "El problema del ateísmo", p. 26.

nuo, para adherirse al marxismo positivístico. La fe, dice, “es un fermento de la transformación del mundo” hasta el punto de que cada golpe contra ella “es un golpe contra la revolución” (3).

1. El pensamiento humanista de R. Garaudy.

Se puede decir que el ateísmo de Garaudy es un ateísmo positivo, es decir, un ateísmo que, al ir hasta la raíz misma del ser, el hombre, concluye que el Dios trascendente es un impedimento para que el hombre sea hombre.

Garaudy se pregunta con el marxismo actual, por qué, dado su poder, tendría el hombre que buscar a un Dios fuera de sí mismo. Cuando Garaudy habla del tema religioso, quiere dejar establecido claramente que su posición atea no es puramente negativa. Así lo afirma en su libro “Marxismo del Siglo XX”, cuando dice: “El Ateísmo, en el marxismo, es una consecuencia del humanismo y un aspecto de la lucha contra el dogmatismo” (4)

El ateísmo del siglo XVIII era esencialmente político, en su necesario combate contra las instituciones sociales y políticas heredadas del pasado. Este ateísmo ha desempeñado un papel político eminentemente progresivo en la destrucción de las relaciones feudales y de la monarquía absoluta. El ateísmo del siglo XIX es, en general, cientista: combate la ideología religiosa como explicación científica o “pre-científica” del mundo. Este ateísmo desempeña igualmente un papel positivo, al obligar a ceder buena parte de su terreno a todas las tentativas por alojar a Dios en las fisuras provisionales del saber, a todas las supersticiones que cultivan el gusto por el misterio, por la impotencia y por el milagro.

El ateísmo del siglo XX, dice Garaudy, es esencialmente humanista. Es su propia característica la de ser un empeño del hombre por el hombre, preocupado por buscar una trascendencia sin necesidad de ningún otro ser superior. Garaudy no empieza por una negación, sino por una afirmación: la de la autonomía del hombre. Y termina con el rechazo de toda tentativa que prive al hombre de su poder creador y auto-creador. El está convencido de que su ateísmo marxista, como lo expresa en su obra “Marxismo del Siglo XX”, es el heredero de las batallas por la liberación del hombre y de su pensamiento, empeñadas por el ateísmo de los siglos XVIII y XIX. Es también heredero del humanismo de Fichte y de Hegel, que reintegró al hombre los poderes tradicionalmen-

(3) *La alternativa cambiare il mondo e la vita*, Perugia, 1973, p. 101.

(4) *Marxismo del Seiglo XX*, p. 111.

te alienados en Dios, y el heredero del humanismo de Feuerbach, que se alzó contra la religión que separa al hombre de lo mejor de sí mismo, proyectando en Dios sus esperanzas y sus virtudes. Esta herencia humanística la definía el joven Marx, en el prólogo de su tesis doctoral, con las siguientes frases: "La filosofía hace suya la profesión de fe de Prometeo: ¡Yo detesto a todos los dioses!". Y opone esta divisa a todos los dioses del cielo y de la tierra que no reconocen la conciencia humana como divinidad suprema. Esta no tolera rival. En su libro "Reconquête de l'espoir", matiza Garaudy bastante su posición, cuando dice que "lo máximo que la conciencia y el marxismo, si quiere ser científico, puede exigir, es un 'ateísmo metodológico', es decir, el rehusar hacer de Dios o bien una 'explicación', o bien una 'fuerza' que interviene en los fenómenos naturales" (5).

La característica del ateísmo marxista, dice Garaudy, es que, a diferencia de los anteriores, no considera la religión simplemente como una mentira fabricada por los déspotas o como una ilusión pura y simple, nacida de la sola ignorancia. El combate fuerte de Garaudy es para liberar al hombre de un ser superior y alienante que no deja que el hombre busque y realice su propio destino. Lo expresa claramente cuando dice: "Nuestro combate, como marxistas, es un combate por el hombre. Nuestra actitud está llena de positividad: nosotros lucharemos por el hombre y la lógica de esta lucha nos lleva al ateísmo cuando las respuestas aportadas por la religión a las cuestiones que plantea el hombre, son indignas de estas cuestiones, cuando so pretexto de lo sobrenatural, se nos ofrece algo infrahumano, como por ejemplo las religiones de la irracionalidad o de la resignación" (6).

Garaudy se refiere expresamente al cristianismo, al que considera como una religión irracional y alienante, que deja al hombre insatisfecho y le impide el progreso. Quiere también, con esta acusación, en contrar una justificación para su ateísmo. La afirmación y defensa de su humanismo prometeico, lleva al hombre mismo a concluir y establecer la completa incompatibilidad entre Dios y el hombre.

Garaudy parte, por lo tanto, de un axioma: el hombre debe ser, es, completamente autónomo y, entonces, toda alusión a una trascendencia se convierte en alienación.

No se puede olvidar el principio marxista, según el cual toda dependencia del hombre en relación con Dios es una alienación fatal, porque

(5) p. 124.

(6) *Témoignage Chrétien*, No. 1080, marzo 18/65, p. 10.

coarta su libertad y autonomía. El marxismo, en general, da por supuesto que la dependencia de Dios establece entre Dios y el hombre una relación de amo a esclavo y, así, le es muy fácil considerar esta relación como alienante.

La religión como lo decían Marx y Engels y como lo repite Garaudy, es el reflejo de una angustia real y la protesta contra esa angustia. En cuanto reflejo de las impotencias y de las tribulaciones del hombre, la religión aparece como una ideología, que comporta, a la vez, explicaciones y una justificación del orden existente. Entonces, y de una manera más o menos constante, es utilizada como un arma de dominación que permite enseñar a las masas que el orden establecido es querido por Dios, y que, por lo tanto, conviene remitirse a Dios y resignarse a ese orden como súbdito obediente y sumiso. Parece decir Garaudy, no existe otro ser que el hombre mismo; la mayor de las alienaciones es la de estar sometido a un Dios que no existe.

La historia del cristianismo puede hacernos ver todo esto bajo un doble aspecto, según Garaudy:

Para él, Cristo fue un personaje histórico que rompió con el destino, con la necesidad de las cosas, y abrió una puerta a la libertad, a la creación, a la vida. El fue solamente un hombre que dio un gran paso hacia adelante en el camino de la libertad humana. Apoyado en algunos estudios de Engels, proseguídos por G. Mury, Garaudy afirma que es preciso distinguir en el cristianismo el mensaje cristiano fundamental, que señalaba una discontinuidad radical con el humanismo griego, porque inauguraba una actitud nueva ante el mundo, ante la naturaleza, en las relaciones humanas, o sea una libre relación entre el sujeto activo y el cosmos, y la ideología sincretista sacada de las grandes corrientes del mundo helénico, la cual, según el, crea el contenido dogmático y metafísico del cristianismo posterior.

“El hombre entregado a la soledad egoísta de las junglas de la economía mercantil y dominado por las fuerzas extrañas que le amenazan y aplastan, vive el desdoblamiento” que caracteriza a la existencia religiosa: en su vida real, es un individuo separado de la vida propiamente humana, que es, según la expresión de Marx, la vida de un “ser genérico”. Y a esa falta, a ese defecto, le busca una “compensación celestial”. Su “vida genérica”, propiamente humana, la proyecta en el cielo, donde reina el amor y donde el hombre se reconoce como ser genérico (que vive y muere para la humanidad total), pero a través de un “rodeo”, como dice Marx, a través de un mediador, Cristo; es decir, no una vida real, sino una “compensación ilusoria”, por una alienación.

Así, la religión en toda sociedad mercantil, expresa todo lo que le “falta” a ese mundo, “su cometido solemne, su razón general de con-

suelo y de justificación. Es la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana no tiene realidad verdadera” (Cfr. la “Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”, de Karl Marx).

Si la religión no es puramente una mentira de los déspotas que hacen creer en un ser superior, o una pura y simple ilusión ignorante, quiere ello decir, afirma Garaudy, que existe un fondo humano en la religión que tiene unas raíces más profundas en el hombre, inventada por el hombre mismo, ya que el hombre es el Dios de sí mismo, sin necesidad de admitir un principio superior que no hace otra cosa que alienarlo.

El trabajo es el acto creador que tiene como término no la naturaleza simplemente, sino al hombre y a su historia en un enfrentamiento del hombre con la naturaleza.

La naturaleza es pues anterior al hombre y ejerce una fuerte influencia en él mismo. La idea de Dios se considera como una imaginación surgida por el influjo sorprendente y todavía desconocido de la fuerza de la naturaleza en el hombre. Es aquí donde Garaudy desarrolla toda su teoría del mito en relación con la religión. El mito no sólo tiene relación con el arte, sino que tiene relación directa con la religión.

El hombre, según Garaudy, tiene “en el trabajo la matriz de todas las formas de actividad propiamente humana, tanto si se trata de la técnica de la religión, como del arte, o sea, de todas las formas de actividad que no existen en ninguna otra especie animal (7).

El trabajo se realiza por medio de proyectos en los que el hombre se anticipa a la realidad en unas condiciones dadas, y en función de las mismas proyecta sus propias finalidades. La religión se debe explicar en esta línea. “La religión, como toda ideología, es un proyecto, es decir, una manera de arrancarse del mundo dado, de trascenderlo, de anticiparse a la realidad, tanto si es para justificar el orden existente, como para protestar contra el mismo e intentar transformarlo” (8).

“Las respuestas que las religiones dan a las cuestiones que los hombres se plantean, por el mismo hecho de creerse definitivas como unos y, tienen carácter de mito, es decir, de un conocimiento que pretende ser intemporal, aunque siempre esté ligado con las condiciones históricas y sociales.

“La religión es, pues, un proyecto humano, pero un proyecto humano mitificado.

“Proyecto humano en el sentido de ofrecer una respuesta, más allá del

(7) **Marxismo del Siglo XX**, p. 132.

(8) **Del anatema al diálogo**, p. 76 - 77

mundo dado, a las cuestiones que el hombre se pone y de ofrecer una práctica que corresponde a unas exigencias.

“Proyecto mistificado, es decir, proyecto que ignora las condiciones materiales, históricas y sociales de su nacimiento y que, a diferencia de la hipótesis científica, no se somete al criterio de la práctica”.

Garaudy no puede liberarse de su idea dominante y afirma una vez más que todo lo que trasciende a la naturaleza y al hombre es alienación y mistificación. Cualquier respuesta trascendente priva al hombre de ser creador y esto no lo defiende ni lo puede defender cristiano alguno, si es consecuente consigo mismo.

2. La trascendencia

Garaudy trata este aspecto en diversas obras. Ya en “Perspectivas del hombre” le preocupa el problema y en la introducción al capítulo dedicado al pensamiento católico, trata de cómo éste intenta hacer surgir la trascendencia de la inmanencia (9).

Más tarde, en el diálogo con los cristianos, desarrolla su teoría de la asimilación por el marxismo de la trascendencia no alienada: sobre todo en “El hombre cristiano y el hombre marxista” (10), en “Del anatema al diálogo” (11) y en “Marxismo del Siglo XX” (12).

Según Garaudy, tradicionalmente la noción de trascendencia significa la creencia en el más allá, en lo sobrenatural, con todo lo que esta noción comporta de irracionalidad, de milagro, de misterio y, finalmente, de engaño (13).

Como ya es normal en él, parte de la base de que la trascendencia, tal como se concibe en el cristianismo, es alienante. Pero continúa, a ¿qué necesidad, a qué cuestión, a qué experiencia corresponde esta fe en un trascendente sobrenatural?

A dos interrogantes: El primero es negativo: es negar que el hombre pueda realizarse plenamente en su vida empírica (y, por lo tanto, se opone a la suficiencia del hombre (14). El marxismo exige esta apertura: que el hombre está acabado. El comunismo sólo acabará con la pre-

(9) **Perspectivas del hombre**, pp. 135 - 150

(10) pp. 22 - 36

(11) pp. 91 - 95

(12) pp. 107 - 109

(13) p. 140.

(14) **Materialismo y trascendencia en el hombre cristiano y el hombre marxista**, p. 28

historia bestial del hombre, pero el futuro queda abierto al infinito. La dialéctica marxista es tan rica en infinito y tan exigente como la trascendencia cristiana. Incluso lo es más, ya que si no se nos ha prometido nada y si nadie nos espera, la responsabilidad del hombre es total: el sentido que dé a su vida sólo depende de él (15).

La segunda realidad de la trascendencia es la de que “la historia humana tiene un sentido que supera cualquier realización empírica y provisional del hombre”. El hombre siempre va realizándose y los fines del hombre superan y superarán siempre su existencia empírica.

Cuando en la evolución del mundo aparece la conciencia, continúa diciendo Garaudy, la acción de retorno a las condiciones materiales que ejerce en el mismo, hacen que haya una diferencia radical, cualitativa, entre la evolución biológica y la historia humana. Por el trabajo propiamente humano, el hombre se eleva por encima de todas las especies animales y de aquí nace la cultura. Existe un salto cualitativo, una “trascendencia”, en relación con la naturaleza, que se va produciendo a través de la historia, en un horizonte sin fin. Aquí se halla el fondo humano de la trascendencia: en la superación en el futuro sin fin.

Según Garaudy, “el encuentro con las trascendencia o lo trascendente no es una experiencia privilegiada, sino la experiencia específicamente humana, la de la superación del hombre. Esta emergencia cotidiana de lo trascendente se realiza cada vez que alguna cosa nueva se añade a la forma humana, en la búsqueda científica o la creación artística, en el amor cuando él es capaz de ir hasta el don de sí mismo, incluso por la muerte, en una revolución social que acabe con las explotaciones y con las alienaciones, en un movimiento de liberación nacional que lucha por acabar con las opresiones y con las despersonalizaciones del hombre. La trascendencia es la experiencia por la cual el hombre toma conciencia de que es un “dios en flor” (16).

Lo que considera Garaudy como alienante en la religión es que ella dé a todo una respuesta dogmática. No existen respuestas, deben ir haciéndose. Y con expresiones que no dejan de tener una cierta ampulosidad, resume su postura diciendo:

“No conocemos otro santuario que la sociedad de los hombres, ni otra oración que el trabajo; ni otro culto que la cultura, es decir, la toma de conciencia

(15) *Ibid* p. 29

(16) *Témoignage chrétien*, No. 1080, p. 11

cia de lo específicamente humano que hay en nosotros; la infinitud de nuestro combate por el hombre total y la exigencia de lucha por hacer de cada hombre un hombre; ni otro sacramento que esta continua creación del hombre, por medio del conocimiento, del combate militante, de la creación artística; ni otro mundo, en fin, que el futuro más humano de este mundo" (17).

Afirma Garaudy, justificando su posición acerca de la trascendencia, que la definición marxista de la trascendencia no es solamente negativa: es la posibilidad de ruptura con el pasado, pero no sólo es eso. Es la anticipación y la creación del futuro.

Para un marxista, la trascendencia no sólo es algo que se debe creer, sino algo que se debe hacer. Garaudy dice que lo que él pretende es buscar una concepción no alienada de la trascendencia y, según él, la trascendencia está alienada cuando se define en términos de exterioridad. La trascendencia está alienada cuando pretende ser una respuesta en lugar de reconocer más modestamente que es una pregunta.

Garaudy bebe intensamente de lo que en 1844 escribía el joven Engels en su artículo sobre Carlyle:

"No necesitamos poner antes a lo humano el sello de lo divino, para estar seguros de su grandeza y de su señorío.

"Hasta ahora la cuestión es ésta: qué es Dios? Y la filosofía ha respondido: Dios es el hombre. El hombre no necesita más que conocerse a sí mismo, medir según su medida todas las situaciones de la vida, juzgar según su esencia, orientar verdaderamente el mundo, según las exigencias de su naturaleza, y así solucionará el enigma de nuestro tiempo" (18).

Para los marxistas, la idea de Dios podría conducir a la resignación y a la desidia. El ateísmo ayuda a adquirir fisonomía y estructura a un grupo de luchadores con un objetivo de carácter absoluto y mesiánico. Porque Dios no existe, hay que construir un mundo, primero en el pensamiento y después en la realidad, en el que el hombre no necesite de Dios y, por lo tanto, no sienta el que no exista.

El hombre no puede conocerse más que a sí mismo, continúan diciendo los marxistas y con ellos Garaudy. Medir por sí mismo todas las situaciones de la vida, enjuiciar según su esencia, organizar de un modo verdaderamente humano el mundo según las exigencias de su propia na-

(17) Sentido humano y cristiano de la reforma, en *El Hombre cristiano y el hombre marxista*, p. 160.

(18) *Mega* I, 2, pp. 424 - 428.

turalidad: así es como está solucionado el enigma de nuestro tiempo. La verdad no puede encontrarse en regiones del más allá de la existencia, ni más allá del tiempo y del espacio, ni en un "Dios" que vive dentro del mundo contrapuesto a él, sino más bien en el propio pecho del hombre. (19).

Mientras para el cristianismo el Espíritu absoluto es un Dios trascendente, para el marxismo es el hombre en el mundo. El ateísmo es una negación de Dios para establecer la existencia del hombre.

3. Nuestra posición ante R. Garaudy

El pensamiento de R. Garaudy es importante. No se puede negar. Su profundo humanismo y quizá el deseo de ayudar al hombre a superarse y a la construcción de un mundo nuevo, lo han llevado a pensar que Dios y el deseo de lo trascendente, es algo que debe hacer que el hombre se supere, si quiere salir de su alienación y ser libre, para construir un mundo en el que el imperio del hombre sea lo único que tenga valor.

No queremos condenar a Garaudy, sino que por el contrario reconocemos sus valores y sus grandes aportes y ante todo la disponibilidad y el deseo de un diálogo con los católicos, siempre con la esperanza de una integración de valores que pueden enriquecer a unos y a otros. Tenemos que reconocer sí que su profundo humanismo lo lleva a desconocer la trascendencia de un Dios dueño del hombre y del mundo. Si queremos ver el mundo como esencialmente temporal, será muy difícil, si no imposible, concebir un ser trascendente más allá del mundo.

Existe una fuerte tendencia en su pensamiento a concebir el ateísmo como una fuerza liberadora en el progreso del hombre hacia el descubrimiento de sí mismo, en cuanto el hombre debe ser considerado como el autor de su historia.

Garaudy como neo-marxista niega la existencia de Dios concebido como causa trascendente del mundo, como creador y providente, en cuanto anularía la libertad del hombre. Viene negado Dios como fundamento de un orden moral fijado una vez para siempre, porque el hombre reivindica el derecho de crear nuevos valores y de dar su dirección a la historia.

Es verdad que la plena fidelidad al hombre exige la superación del hombre, pero también lo puede llevar al humanismo crudo, donde no se admite otro valor que el hombre mismo, convirtiéndose así en un imperio del hombre por el hombre.

(19) Engels, *Die Lage Englands*, obra post., tomo I, p. 482 ss.

Nosotros tenemos que decirle a Garaudy y a todos los Neo-marxistas que la grandeza de Dios no puede destruir al hombre, sino que es su fundamento. Para ser grande el hombre, necesita de alguien que lo sea infinitamente más que él; necesita que su destino esté en manos de un amor infinito.

En último análisis, el fundamento del humanismo se encuentra en la identidad del ser y del amor en Dios.

Esta identidad garantiza que las leyes del ser sean, en definitiva, las del amor y permite así dar una respuesta positiva a la pregunta acerca del sentido del ser.

El universo cristiano es tal que en él toda persona tiene la posibilidad de realizarse como fin: la salvación se ofrece a todos. La dialéctica del dueño y del esclavo es superada por la dialéctica del amor. Lo que es, pues alienador no es la existencia de Dios, sino su ausencia. En efecto, si Dios no existiera, el hombre no se podría realizar: la muerte de Dios sería en definitiva, la muerte del hombre. El hombre que hubiese asesinado a Dios no podría sobrevivirle. Pero la libertad que el cristiano ofrece al hombre no se limita a responder a sus aspiraciones más secretas: las supera inmensamente.

El ideal cristiano no es sólo el de la plena humanización, sino que alcanza la divinización. Dios está tan lejos de querer estar en competencia con el hombre que toda su acción va encaminada a divinizarlo, uniéndolo a él mismo. El sueño temerario que el hombre esperaba realizar rechazando a Dios, sólo se realizará en virtud del amor de Dios. A partir de este momento, los caminos de la salvación, de la liberación y de la divinización, coinciden con los del amor y de la unidad.

La historia de la salvación es la marcha de la humanidad hacia una unión cada vez más íntima con Dios.

En el centro de este inmenso plan de unificación está un hombre que es Dios; un hombre, está unido con Dios en la unidad de persona. Pero este hombre ha sido llamado a ser Dios, para que en él fuese llamada toda la humanidad. Es al mismo tiempo un hombre individual y el tipo del hombre, de una humanidad nueva, cuya historia está determinada a fundirse con la de Dios.

Solamente la presencia de un Dios creador nos explica la dimensión de trascendencia que está presente en cada momento antropológico; en la inter-subjetividad, en la verdad, en la libertad, en los valores, en la historia, etc. La trascendencia del hombre, su unidad, su individualidad irreplicable. Todos estos elementos trascendentes señalan la presencia de un Dios creador que vive en el centro de la existencia humana. El sentido último del hombre no es cualquier cosa cercana a la relación con

Dios, sino la misma relación interpersonal con Dios. El misterio del hombre debe llevarlo a descubrir el gran misterio que es Dios. La vida no es sólo el hecho de vivir sino que su existencia tiene una razón trascendente y más profunda que la del mero hecho de existir. El origen del hombre no está en sí mismo, ni tampoco está en la nada. Es un caminante que no tiene en sí mismo la razón de su existencia y busca y camina hacia un destino que tampoco está en sí mismo.

El marxismo, en general, y muy concretamente el Garaudiano, afirma que toda trascendencia y en especial la esperanza escatológica es un freno al desarrollo del hombre en la historia y que la religión destruye su autonomía. No podemos compartir esta teoría. La superación del hombre tiene sentido en cuanto está iluminada por una trascendencia, por una esperanza escatológica, que lo remonta más allá del mundo y de la historia.

“Cuando se dice: ‘Dios es Padre’, con esto se quiere indicar que el hombre sólo llega a ser humano por la comunión con los otros, que forman con él una única familia. Que formamos un ‘nosotros’ indivisible, medio y fuente de creación para cada uno de nosotros. Que la humanidad se configura como un único pueblo.

“Cuando se dice que él es ‘el Hijo’ o ‘la Palabra’, se reconoce que cada hombre revela parcialmente lo que la vida de Cristo nos revela en forma total: una forma de vida libre de todo egoísmo, de toda rutina, y nada distinto a creación y a amor.

“Cuando se dice que él es ‘Espíritu’, se quiere indicar que él se derrama en el corazón del hombre — de cada hombre— y se convierte en fuente inagotable de fuerza creadora de una nueva vida”.

(De R. Garaudy, en Palabra de hombre).